LA DIFICIL EUROPA

HASTA dónde es Europa un concepto abstracto, una doctrina o una realidad. Nadie lo sabe a ciencia cierta. Dividida por las barreras lingüísticas, por la larga historia de viejas guerras y agravios, por instintivas lealtades religiosas y hasta por los más vivos y arraigados matices de la cultura, la realidad de una Europa unificada en lo económico y en lo político tropieza con atávicas resistencias e intereses vivos.

En los últimos días ha vuelto el tema a adquirir plena vigencia. Cuarenta millones de súbditos británicos han respondido afirmativamente y de manera mayoritaria al referéndum que les preguntaba si se debe o no permanecer dentro de la comunidad europea. No deja de ser significativo que al cabo de tantos años de haberse iniciado el Mercado Común y de haberse establecido el pacto de los nueve, el Gobierno británico crea necesario hacer tan aparatosa consulta popular para decidir definitivamente el asunto.

Poco antes ha tenido lugar la reunión en la cumbre de Bruselas. El presidente Ford, de los Estados Unidos, ha hecho su «debut» en el conmovido seno de la Organización del Tratado del Atlántico Norte. La O.T.A.N. viene padeciendo desde hace algún tiempo de síntomas de prematuro envejecimiento. La política de «detente» con la Unión Soviética, la apertura hacia el Este patrocinada por Willy Brandt, han tenido el evidente resultado de aflojar los resortes del temor que mantenían en alerta a los países de Occidente ante una posible agresión soviética. La alianza defensiva de la O.T.A.N. era una pieza fundamental de la política de contención de Rusia que diseñó hace mucho tiempo Foster Dulles. Desde entonces muchas cosas han cambiado. La Francia de De Gaulle virtualmente se separó de la O.T.A.N. En la difícil y agitada hora presente algunos países han tenido dificultades para mantenerse disciplinadamente dentro de la organización. El caso de Grecia y Turquía ha enfrentado peligrosamente a dos miembros básicos de la más sensible periferia. Ahora se suma el dudoso rumbo de Portugal y la difícil predicción del futuro inmediato de España.

Las voces más alarmistas no han dejado de anunciar que la Europa Occidental camina precipitadamente hacia lo que, a falta de mejor término, se llama la «finlandización», que consiste en una situación de autonomía desarmada y limitada, bajo la celosa vigilancia de un poderoso y amenazante vecino.

Una situación económica de desempleo e inflación, que afecta a todo el continente, no favorece las tendencias generosas y futuristas de los europeizantes. Ante problemas inmediatos de precios y de mercados, de invasión de productos foráneos y de competencia de mano de obra, revive fácilmente, como semilla en tierra húmeda, la tentación de regresar al peor proteccionismo nacionalista.

Por lo demás, la concepción misma de la unidad de acción difiere ampliamente de unos a otros. Para el Presidente de Francia, que está fuera, pero que opina como si estuviera decididamente adentro, es imprescindible una Europa europea, es decir, sólidamente constituida por y para el beneficio de sus Estados miembros. Para Kissinger y Ford el acuerdo viable debe hacerse dentro del marco de la O.T.A.N. Lo que equivale a una Europa con los Estados Unidos y el Canadá como socios en todos los aspectos más importantes.

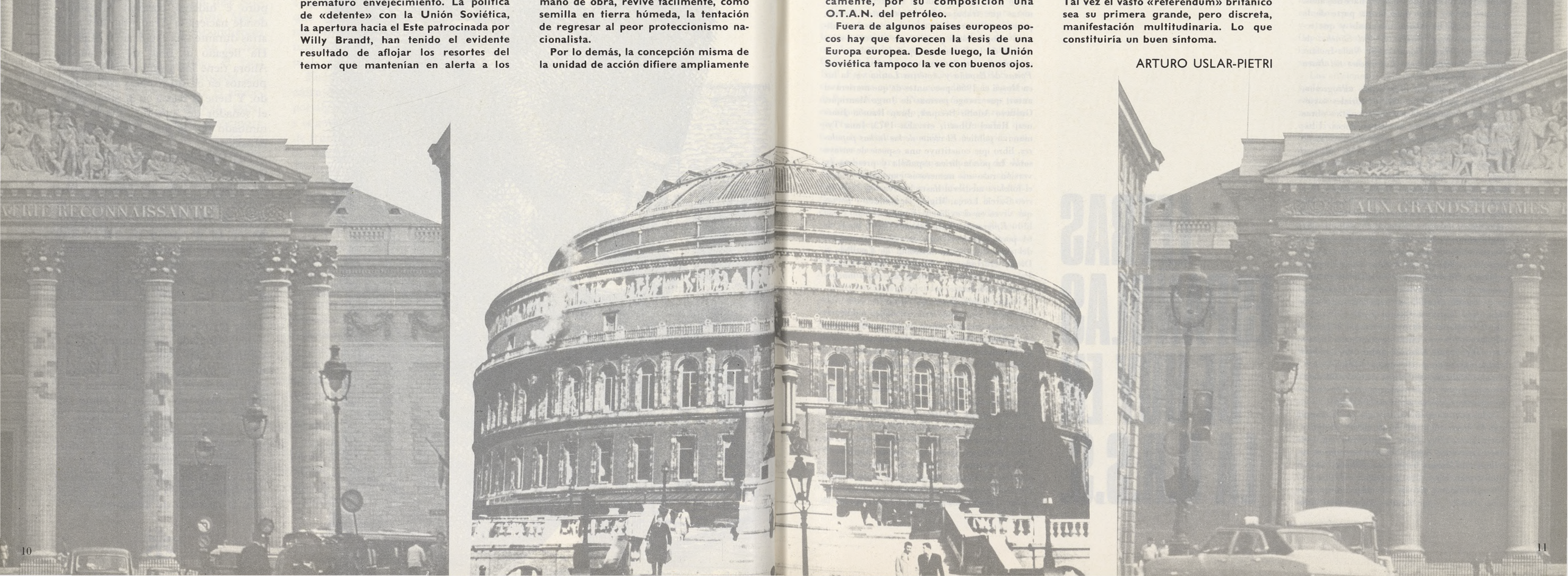
Giscard piensa, por ejemplo, que si Bélgica, Holanda, Dinamarca y Noruega compran aviones de combate «Mirage» franceses para renovar su arma aérea, podría esto constituir el primer paso para crear una autónoma y poderosa industria europea del armamento. Los Estados Unidos, por su parte, quieren vender sus propios aviones y parecen haberlo logrado, posponiendo por mucho tiempo esa importante integración de la industria armamentista europea.

Lo mismo ocurre en el delicado problema de la energía. Kissinger ha dicho claramente que la vía para luchar contra la OPEP y sus condiciones no puede ser otra que la de fortalecer la Agencia Internacional de Energía Atómica, que es su hechura, y que constituye, prácticamente, por su composición una O.T.A.N. del petróleo.

Fuera de algunos países europeos pocos hay que favorecen la tesis de una Europa europea. Desde luego, la Unión Soviética tampoco la ve con buenos ojos. Prefiere seguir tratando al detal con los viejos países separados y paralizados por sus antiguas tradiciones de rivalidad. Por una de las extrañas y abundantes paradojas de nuestro tiempo es la China de Mao la que más abiertamente patrocina la forma más genuina de la unidad europea. Sin duda por ningún otro motivo que por el de crearle a la vez a la Unión Soviética y a los Estados Unidos nuevas o mayores dificultades.

Es así de divagante y difícil el camino de la unificación de Europa. Todos la proclaman como un ideal irrenunciable, pero a la hora de traducirla en arreglos prácticos surgen las dificultades aparentemente insuperables. Se termina por llegar a transacciones y aproximaciones que la distorsionan y hasta la desnaturalizan.

Tal vez lo que falta, y su ausencia es irremplazable, es la existencia de una emoción europea, de un patriotismo europeo.

Nadie hasta ahora ha oído gritar «Viva Europa» y ni siquiera «Muera Europa» en una manifestación popular multitudinaria y ardiente. Nadie ha caído en un campo de batalla por la bandera de Europa. Es hasta ahora tan tibiamente una idea que le ha faltado el impulso que la puede convertir en fuerza popular. Tal vez el vasto «referéndum» británico sea su primera grande, pero discreta, manifestación multitudinaria. Lo que constituiría un buen síntoma.

ARTURO USLAR-PIETRI